

sígnale los llamados Montaut y Bentabolle, y acto continuo se dirige con ellos en busca del general. No hallándose éste en su casa, Marat corre á los diversos teatros, y al fin averigua que Dumouriez asistía á una fiesta con que le obsequiaban los artistas en casa de la señorita Candelle, mujer célebre en aquella época. Marat no vacila en dirigirse allí, á pesar de su asqueroso traje: los carruajes, los destacamentos de la guardia nacional que halla á la puerta del edificio donde se celebra la fiesta, la presencia del comandante Santerre y de una multitud de diputados, y los preparativos del festín, irritan doblemente el mal humor de Marat, que se adelanta atrevidamente hacia Dumouriez. Al verle, elévase una especie de rumor; apenas se pronuncia su nombre, desaparecen muchas personas que, según dice él, temen sus acusaciones; y dirigiéndose directamente al general, le interpela con energía, pidiéndole cuenta de su conducta con los dos batallones. Dumouriez mira á su interlocutor con despreciativa curiosidad y exclama: «¡Ah, vos sois ese que llaman Marat!» Así diciendo, vuelve á examinar de nuevo de pies á cabeza al diputado y le vuelve la espalda sin dirigirle una sola palabra. Sin embargo, como los jacobinos que acompañaban á Marat parecían más sensatos y razonables, Dumouriez les da algunas explicaciones y les despide satisfechos. Marat, que no lo estaba, comienza á gritar en las antesalas; reprende á Santerre, diciéndole que hace el papel de lacayo junto al general; critica á los guardias nacionales que contribuyen al esplendor de la fiesta, y retráse amenazando con su cólera á todos los aristócratas que haya en la reunión. Acto continuo corre á describir en su diario esta ridícula escena, que tan bien pinta la situación de Dumouriez, los furiosos de Marat y las costumbres de la época.

Dumouriez había estado cuatro días en París, y en este tiempo no pudo entenderse con los girondinos, aunque tenía entre ellos un íntimo amigo en la persona de Gensonné. Habíase limitado á aconsejar á éste último que se reconciliase con Dantón, por considerarle como el hombre más poderoso y aquel que, á pesar de sus vicios, podía ser más útil á las gentes honradas. Dumouriez no se entendió tampoco con los jacobinos, que le repugnaban y para quienes era sospechoso por su amistad supuesta con los girondinos. Su residencia en París le sirvió, pues, de poco con los dos partidos, pero le fué más útil bajo el punto de vista militar.

Según su costumbre, había concebido un plan general, adoptado por el consejo ejecutivo, en virtud del cual Montesquiou debía mantenerse á lo largo de los Alpes y asegurar la gran cadena por límite, concluyendo la conquista de Niza, y esforzarse en conservar la neutralidad suiza. Birón debía ser reforzado á fin de guardar el Rin desde Basilea hasta Landau. Un cuerpo de doce mil hombres á las órdenes del general Mousiner estaba destinado á marchar á la retaguardia de Custine, á fin de cubrir sus comunicaciones. Kéllermann tenía orden de abandonar sus cuarteles, y pasar rápidamente entre Luxemburgo y Tréveris para correr á Coblenza y ejecutar lo que se le había aconsejado ya, y lo que él y Custine debieron haber practicado largo tiempo hacía. Tomando, por último, la ofensiva personalmente con ochenta mil hombres, Dumouriez debía

completar el territorio de Francia con la proyectada adquisición de Bélgica; y conservándose así á la defensiva en todas las fronteras protegidas por la naturaleza del terreno, no se atacaba atrevidamente sino la frontera abierta, la de los Países Bajos, aquella donde, según decía Dumouriez, *no era posible defenderse sino ganando batallas*.

Valiéndose del prestigio de Santerre, consiguió que se renunciara á la absurda idea de establecer un campamento junto á París y que se trasladasen á Flandes todos los hombres alistados, juntamente con la artillería, las municiones y efectos de material de campaña, para uso de su ejército, que carecía de todo; obtuvo también que se añadieran zapatos, capotes y seis millones en numerario para pagar á las tropas hasta el día de entrar en los Países Bajos, después de lo cual esperaba poder arreglarse por sí solo. Dumouriez marchó en 16 de octubre, algo desengañado de lo que llaman reconocimiento público, un poco menos conforme que antes con los partidos, y consolado cuando más por algunas disposiciones militares adoptadas en el consejo ejecutivo.

Entretanto, la Convención había continuado procediendo contra el Ayuntamiento, y sin dejar de insistir en su cambio, vigilaba todos sus actos. Petión había sido nombrado corregidor por una mayoría de 13.899 votos, mientras que Robespierre obtuvo sólo 23, Billaud-Varennes 14, Panis 80 y Dantón 11. Sin embargo, no se debe medir la popularidad de Robespierre y de Petión por esta diferencia en el número de votos, porque se tenía la costumbre de ver en el uno al corregidor y en el otro al diputado, y nadie pensaba en trocar sus papeles; pero esta inmensa mayoría prueba la popularidad de que gozaba aún el principal jefe del partido girondino. No se debe olvidar que Bailly obtuvo dos votos, singular recuerdo ofrecido á este virtuoso magistrado de 1789. Petión rehusó el cargo de corregidor porque le fatigaban ya las convulsiones del Ayuntamiento y prefería ser diputado en la Convención Nacional.

Las tres medidas principales proyectadas en la famosa sesión del 24 de septiembre eran: una ley contra las excitaciones al asesinato; un decreto sobre la formación de una guardia departamental, y por último, una cuenta exacta del estado del país. Las dos primeras, confiadas á la comisión de los nueve, produjeron continuos gritos entre los jacobinos, en el Ayuntamiento y en las secciones; pero esto no impidió á la comisión continuar sus trabajos; y de diversos departamentos, entre otros Marsella y Calvados, llegaban espontáneamente, como antes del 10 de agosto, varios batallones que se anticipaban al decreto sobre la guardia departamental. Roland, encargado de cumplimentar la tercera medida, es decir, de dar cuenta del estado de la capital, hízolo sin tibieza y con rigurosa exactitud. Bosquejó y excusó la confusión inevitable de la primera insurrección; pero analizándola con energía, reprobó altamente los delitos del 2 de septiembre agregados á la revolución del 10 de agosto; puso en relieve todos los desórdenes del Ayuntamiento, su abuso del poder, sus prisiones arbitrarias, sus escandalosas dilapidaciones, y terminó con estas palabras:

«Departamento sabio, aunque poco poderoso; Ayun-

tamiento activo y déspota; pueblo excelente, pero cuya parte sensata ha sido intimidada ú oprimida, mientras que la otra se halla bajo la influencia de los aduladores y sobrecitada por la calumnia; confusión de los poderes; abuso y menosprecio de las autoridades; fuerza pública débil ó nula, por falta de un buen mando: ¡he aquí el estado de París!»

El informe mereció repetidos aplausos por la mayoría de costumbre, aunque durante la lectura partieran algunos murmullos de la Montaña. Sin embargo, cierta carta escrita por un particular á un magistrado, comunicada por éste al consejo ejecutivo, y en la cual se revelaba el proyecto de un nuevo 2 de septiembre contra una parte de la Convención, produjo un gran tumulto. Una frase de esta carta relativa á los conspiradores decía: *No quieren oír hablar sino de Robespierre*. Al oír este nombre, todas las miradas se dirigen al diputado aludido; los unos manifiestan indignación, los otros le excitan á tomar la palabra. El diputado hizo esto último para oponerse á la impresión producida por el informe de Roland, que calificó de novela difamatoria, y sostuvo que no se debía dar publicidad al informe antes de oír á aquellos á quienes se acusaba y particularmente á él mismo.

Extendiéndose después sobre cuanto le era personal, comenzó á justificarse; pero no podía hacerse oír á causa del ruido que reinaba en la sala. «Habla, le decía Dantón, habla; aquí están los buenos ciudadanos que te oyen.» Robespierre consigue al fin dominar el rumor, vuelve á comenzar su apología y reta á sus adversarios á que le acusen cara á cara, aduciendo contra él una sola prueba positiva. Al oír esto, lánzase Louvet y exclama: «Yo soy quien te acusa.» Apenas pronunciadas estas palabras, ponía ya el pie en la tribuna, á la cual le seguían Barbaroux y Rebecqui para sostener la acusación; pero al ver esto Robespierre inmútase y se alteran sus facciones, acabando por pedir que se oiga á su acusador y después á él.

Dantón sube á la tribuna para quejarse del sistema de calumnia organizado contra el Ayuntamiento y la diputación de París, y repite, refiriéndose á Marat, causa principal de todas las acusaciones, cuanto había ya declarado, es decir, que no le apreciaba; que había reconocido su *temperamento volcánico é insociable*, y que era absurda toda idea de una coalición triunviral. Dantón termina pidiendo que se fije un día para discutir el proyecto, y la Asamblea decreta que se imprima, pero aplazando la distribución á los departamentos hasta haberse oído á Louvet y á Robespierre.

Louvet era osado y valeroso, y su patriotismo sincero; pero en su odio contra Robespierre entraba el resentimiento de una lucha personal comenzada en los jacobinos, continuada en el *Centinela*, repetida en la asamblea electoral, y que había llegado á ser más violenta desde que se encontraba frente á frente con su envidioso antagonista en la Convención Nacional. A una extremada viveza de carácter, agregábase en Louvet una imaginación romancesca y crédula, que le extraviaba y le hacía suponer una combinación de complots allí donde no había más que el efecto espontáneo de las pasiones. Acababa por creer todo cuanto suponía, y trataba de inducir á sus amigos á tener la misma fe; pero encontraba en la frialdad y buen sentido de

Petión y de Roland, y en la indolente imparcialidad de Vergniaud, una oposición que le desconsolaba. Buzot, Barbaroux y Guadet, sin ser tan crédulos, sin suponer tan complicadas tramas, creían en la maldad de sus adversarios, y secundaban los ataques de Louvet por indignación y por valor. Salles, diputado por la Meurthe, enemigo tenaz de los anarquistas en la Constituyente y en la Convención; Salles, dotado de una imaginación sombría y violenta, era el único accesible á todas las sugerencias de Louvet y creía como él en los complots que, urdidos en el Ayuntamiento, llegaban hasta el extranjero. Amantes apasionados de la libertad, Louvet y Salles no podían consentir en que se le imputasen tantos males, prefiriendo creer que los montañeses, especialmente Marat, eran retribuidos por los emigrados é Inglaterra para impeler la revolución al crimen, á la deshonor y á la confusión general. No tan seguros respecto á Robespierre, veían en él cuando menos un tirano devorado por el orgullo y la ambición, que se encaminaba por todos los medios al poder supremo.

Louvet, resuelto á atacar atrevidamente á Robespierre, sin dejarle un punto de reposo, llevaba ya su discurso preparado para el día en que Roland presentase su informe; y así es que estuvo dispuesto á sostener la acusación cuando le concedieron la palabra. Tomóla en el acto y después de él Roland.

Los girondinos estaban ya bastante inclinados á juzgar mal los sucesos, suponiendo proyectos criminales allí donde no había sino pasiones violentas; pero para el crédulo Louvet la conspiración era aún mucho más manifiesta y estaba más sólidamente combinada. En la creciente exageración de los jacobinos, y en la influencia que alcanzó Robespierre durante el año 1792, veía un complot tramado por el ambicioso tribuno. Representó á éste rodeado de satélites, á cuya violencia entregaba á todos sus adversarios, haciéndose él mismo objeto de un culto idólatra al divulgar por todas partes, antes del 10 de agosto, que sólo él podía salvar la libertad y la Francia; dijo que en esta fecha se ocultó á los ojos de todos, volviendo á presentarse dos días después de haber pasado el peligro; que entonces se dirigió acto continuo al Ayuntamiento, á pesar de su promesa de no aceptar nunca asiento, y que de su propia autoridad lo ocupó en la mesa del consejo general; que apoderándose allí de una multitud ciega, impulsóla á su antojo á todos los excesos, hasta el punto de ir á insultar á la Asamblea Legislativa y á exigir de ella decretos con la amenaza de tocar á rebato; que había ordenado, sin presentarse nunca, los asesinatos y los robos de septiembre, á fin de apoyar á la autoridad municipal por medio del terror, y que después envió emisarios á todos los puntos de Francia para que aconsejasen los mismos crímenes, invitando á las provincias á reconocer la superioridad y autoridad de París. «Robespierre, añade Louvet, quería destruir la representación nacional para reemplazarla con el Ayuntamiento, del cual disponía, y darnos el gobierno de Roma, donde, bajo el nombre de municipios, quedaban las provincias sometidas á la soberanía de la metrópoli. Dueño así de París, que lo sería de Francia, hubiera podido substituirse á la monarquía caída. Sin embargo, viendo que se aproximaba el momento de la reunión de una nueva asamblea, había pasado del con-

sejo general á la junta electoral, dirigiendo sus elecciones por el terror, á fin de hacerse dueño de la Convención por la diputación de París.»

Robespierre era quien había designado á los electores aquel hombre sangriento cuyos pasquines incendiarios causaban en toda Francia asombro y espanto. Este libelista, con cuyo nombre no quería Louvet mancharse los labios, era sólo el hijo del crimen, dotado de un valor de que carecía el cauteloso Robespierre; pero sólo para predicar la matanza y calumniar á los ciudadanos más puros. En cuanto á Dantón, Louvet no extendía á él la acusación y hasta extrañaba que se hubiese lanzado á la tribuna para rechazar un ataque no dirigido contra él. Sin embargo, no le eximía de responsabilidad en los sucesos de septiembre; porque en aquellos aciagos días, cuando todas las autoridades, la Asamblea, los ministros y el corregidor, hablaban inútilmente para contener los asesinatos, sólo el ministro de justicia se callaba; y porque en los famosos pasquines era el único á quien se exceptuó de las calumnias difundidas contra los más respetables ciudadanos. «¡Y ojalá pudieras, exclama Louvet, ojalá pudieras, ¡oh Dantón!, sincerarte á los ojos de la posteridad de esta excepción deshonrosa!» Al oír estas palabras tan generosas como imprudentes, resuenan entusiastas aplausos.

La acusación, constantemente aplaudida, no se escuchó, sin embargo, sin muchos murmullos; pero los reprimió una palabra repetida con frecuencia durante la sesión. «Aseguradme el silencio, había dicho Louvet al presidente, porque voy á poner el dedo en la llaga y gritarán.—Insiste, había dicho Dantón, pon el dedo en la llaga;» y cada vez que se elevaban murmullos, oíase gritar: ¡Silencio!, ¡callen los heridos!

Louvet, resumiendo al fin su acusación, exclama: «¡Robespierre, yo te acuso de haber calumniado á los más puros ciudadanos, y de haberlo hecho el día en que las calumnias eran destierros; te acuso de haberte presentado tú mismo como un objeto de idolatría, haciendo divulgar que eres el único hombre capaz de salvar á la Francia; te acuso de haber envilecido, insultado y perseguido á la representación nacional, de haber tiranizado á la asamblea electoral de París, encaminándote al poder supremo por medio de la calumnia, la violencia y el temor: y pido que se nombre un comité para examinar tu conducta.» Louvet propone después una ley que condene al destierro á cualquiera que haya hecho de su nombre un motivo de división entre los ciudadanos. Quiere que á las medidas, cuyo proyecto prepara la comisión de los nueve, se agregue una nueva, cual es la de poner la fuerza armada á disposición del ministro de la Gobernación. «Por último, exclama, pido que se acuerde en el acto un decreto de acusación contra Marat!.. ¡Dios de Dios!, exclama, ya le he nombrado!»

Aturdido Robespierre con los aplausos que prodigan á su adversario, quiere tomar la palabra; pero en medio del ruido y de los murmullos que excita su presencia, vacila, alteran sus facciones y su voz, aunque al fin se hace oír y pide un plazo para preparar su defensa. Accédese á su demanda, concediéndole de término hasta el 5 de noviembre. Suerte fué para el acusado obtener este aplazamiento, pues la Asamblea, excitada por Louvet, hallábase poseída en aquel momento de la más viva indignación.

Por la tarde hubo gran tumulto en los jacobinos, donde se analizaban todas las sesiones de la Convención. Muchos individuos acudieron alarmados para dar cuenta de la horrible conducta de Louvet y para pedir que fuese borrado de la lista. Había calumniado á la sociedad, inculcando á Dantón, Santerre, Robespierre y Marat; había pedido acusación contra los dos últimos, y propuesto leyes sanguinarias, atentatorias contra la libertad de imprenta, y aconsejado, por último, el ostracismo de Atenas. Legendre dice que era un golpe preparado, puesto que Louvet llevaba ya su discurso, y que evidentemente no tenía el informe de Roland más objeto que el de proporcionar una ocasión para esta diatriba.

Fabre d'Eglantine se queja de que el escándalo aumente todos los días y de que se hagan esfuerzos para calumniar á París y los patriotas. «Enlázanse, dice, insignificantes conjeturas con mezquinas suposiciones, y se combina una vasta conspiración; pero sin que se nos quiera decir dónde está, ni cuáles son los agentes ni los medios. Si existiese un hombre que lo hubiese visto y apreciado todo en uno y otro partido, no podríais dudar que este hombre, amigo de la verdad, sería muy á propósito para darla á conocer. Ahora bien, el hombre es Petión; obligad á su virtud á decir cuánto ha visto y pronunciarse sobre los crímenes imputados á los patriotas. Por mucha condescendencia que pueda tener con sus amigos, me atrevo á decir que las intrigas no le han corrompido. Petión es siempre puro y sincero, y hoy quería hablar; obligadle, pues, á que se explique.»

Merlin se opone á que Petión se constituya en juez entre Robespierre y Louvet, porque instituir así á un ciudadano en juez supremo de los otros es violar la igualdad. Por otra parte, Petión, aunque respetable, podría desviarse de su línea de conducta, porque al fin es hombre. ¿No está reconocido como amigo de Brissot y de Roland? ¿No recibe las visitas de Lasource, de Vergniaud, de Barbaroux y de todos los intrigantes que comprometen la libertad?

La proposición de Fabre es desechada; y Robespierre menor, hablando con acento condolido, como hacían en Roma los parientes de los acusados, manifiesta su pesar, quejándose de no ser calumniado como su hermano. «Este es el momento, dice, de los mayores peligros, porque no todo el pueblo está con nosotros. Únicamente los ciudadanos de París se hallan suficientemente ilustrados; los demás no lo están sino imperfectamente... ¡Sería, pues, posible que la inocencia sucumbiera el lunes, porque la Convención ha escuchado todas las interminables imposturas de Louvet! ¡Ciudadanos, á mí me sobrecogió el espanto, pues parecíame que algunos asesinos iban á dar de puñaladas á mi hermano! He oído decir á varios hombres que sólo perecerían á sus manos y otro me aseguró que anhelaba ser su verdugo.» Al oír estas palabras, levántanse varios individuos para declarar que ellos también han sido amenazados por Barbaroux, por Rebecqui y varios ciudadanos de las tribunas, y que aquellos que les amenazaban les han dicho que era forzoso desembarazarse de Marat y de Robespierre. Todos rodean entonces á Robespierre menor, prometiéndole velar por su hermano, y se resuelve que todos cuantos tengan amigos ó parientes en los departamentos escribieran al punto á fin de ilustrar la opinión. Al dejar la tribuna, Robespierre



LOUVET DE COUVRAY

menor no tiene escrúpulo de añadir una calumnia, diciendo que Anacarsis Clootz le había asegurado que todos los días rompía lanzas contra el federalismo en casa de Roland.

Preséntase á su vez el fogoso Chabot. Lo que le ha resentido sobre todo en el discurso de Louvet es el hecho de que se atribuyera el 10 de agosto á él y á sus amigos, y el 2 de septiembre á doscientos asesinos. «Yo me acuerdo, dice, que me dirigí en la noche del 9 de agosto á los señores de la derecha para proponerles la insurrección, á lo cual me contestaron con una ligera sonrisa. No veo, pues, con qué derecho se atribuyen el 10 de agosto. En cuanto al 2 de septiembre, el autor es aún ese mismo pueblo que hizo el 10 de agosto, á pesar suyo, y que después de la victoria quiso vengarse. Louvet dice que no había doscientos asesinos, y yo aseguro que pasé con los comisionados de la Legislativa bajo una bóveda de diez mil sables, habiendo reconocido á más de ciento cincuenta confederados. En las revoluciones no hay crímenes. Marat, tan acusado, no es perseguido sino por sus actos revolucionarios; pero ahora se acusa también á Dantón y á Robespierre y mañana sucederá lo mismo con Santerre, Chabot, Merlin, etc.»

Excitado por estas audaces palabras, un individuo presente en la sesión hace entonces lo que no había osado hacer aún públicamente ningún hombre: confiesa que *obraba* con un gran número de sus compañeros en las prisiones, y que creyó no dar muerte sino á los conspiradores y á los falsificadores de asignados, para salvar á París del asesinato y del incendio; añade que está agradecido á la sociedad por la benevolencia con que trata á todos; que al día siguiente marchan al ejército, y se alejan sólo con el pesar de abandonar á los patriotas en medio de tan graves peligros.

Esa espantosa declaración termina la sesión. Robespierre no se había presentado ni pareció tampoco en toda la semana; ocupado en preparar su respuesta, dejaba á sus partidarios el cuidado de disponer la opinión. Entretanto el Ayuntamiento de París persistía en su conducta y en su sistema. Decíase que había substraído hasta diez millones de la caja de Septeuil, tesorero de la lista civil; y en el mismo momento mandaba circular una petición á todas las municipalidades contra el proyecto de conceder una guardia á la Convención. Barbaroux propuso acto continuo cuatro decretos formidables y perfectamente concebidos.

Por el primero, la capital debía perder el derecho de conservar para sí la representación nacional cuando no hubiera sabido protegerla contra los insultos ó las violencias.

Por el segundo, los confederados y los gendarmes nacionales debían encargarse, juntamente con las secciones armadas de París, de custodiar la representación nacional y los establecimientos públicos.

Por el tercero, debía constituirse la Convención en tribunal de Justicia para juzgar á los conspiradores.

Por el cuarto, en fin, la Convención depondría á la municipalidad de París.

Estos cuatro decretos, perfectamente apropiados á las circunstancias, convenían para evitar los peligros del momento; mas para expedirlos hubiera sido necesario todo el poder que sólo podía resultar de los decretos mismos. Para obtener medios enérgicos, se necesita

energía, y todo partido moderado que desea contener á otro violento, se halla en un círculo vicioso del cual no puede salir jamás. Ciertamente que la mayoría, inclinada á los girondinos, hubiera podido expedir los decretos; pero su moderación misma era la que le atraía hacia ellos, y ésta la que le aconsejaba esperar, contemporizar, fiarse en el porvenir y no adoptar ninguna medida demasiado enérgica. La Asamblea llegó hasta rechazar un decreto mucho menos riguroso, el primero de aquellos cuya redacción se había confiado á la comisión de los nueve. Buzot le proponía, y era relativo á los excitadores á la muerte y al incendio. Toda provocación directa debía ser castigada con la muerte y la indirecta con diez años de presidio. La Asamblea opinó que la primera se castigaba con demasiada severidad, mientras que la segunda se definía vagamente y era difícil de probar.

En vano alegó Buzot que se necesitaban medidas revolucionarias, y de consiguiente arbitrarias, contra los adversarios á quienes se trataba de combatir; no se le escuchó, ni tampoco debía esperar que le escuchase una mayoría que condenaba en el partido violento las mismas medidas revolucionarias, y que por lo tanto era poco á propósito para emplearlas contra él. La ley fué aplazada, y de este modo llegó á ser inútil, por decirlo así, la comisión de los nueve, instituida para proponer los medios de conservar el buen orden.

La Asamblea, sin embargo, daba pruebas de mayor energía cuando se trataba de reprimir los abusos del Ayuntamiento; entonces parecía defender su autoridad con cierta entereza y celo. El consejo general de la municipalidad, citado á la barra con motivo de la petición contra el proyecto de una guardia departamental, se presentó para justificarse. Ya no era, según dijo, el mismo del 10 de agosto; habían figurado entre sus individuos algunos prevaricadores, y habíase hecho bien en denunciarlos, pero ya estaban fuera. «No confundáis, añadía, á los inocentes con los culpables; devolvéndonos la confianza que necesitamos, pues nuestro deseo es restablecer la calma que exige la Convención para el establecimiento de las buenas leyes. En cuanto al envío de la petición, las secciones son las que lo han querido; nosotros somos sólo sus mandatarios, pero se les invitará á desistir.»

Esta sumisión desarmó á los girondinos, y á instancias de Gensonné se concedieron los honores de la sesión del consejo general. La docilidad de los administradores podía muy bien satisfacer el orgullo de la Asamblea; pero nada probaba en cuanto á las verdaderas disposiciones de París. El tumulto iba en aumento á medida que se acercaba el 5 de noviembre, día fijado para escuchar á Robespierre. Durante la víspera hubo rumores en diversos sentidos: varios grupos recorrieron las calles de París; los unos gritaban: «¡Á la guillotina Robespierre, Dantón y Marat!», y los otros: «¡Muera Roland, Lasource y Guadet!»

Hubo quejas por esta causa en el club de los jacobinos, donde sólo se habló de los gritos proferidos contra Robespierre, Dantón y Marat, acusándose á los dragones y confederados que entonces eran afectos á la Convención. Robespierre el menor se presentó de nuevo en la tribuna para lamentarse de los peligros á que se hallaba expuesta la inocencia; rechazó un proyecto de conciliación propuesto por un individuo de la sociedad,